

Figuras del Proscenio

IMPRESIONES TOMADAS DEL MAGAZINE AMERICANO "CURRENT OPINION"

De Valera: El héroe de Sinn Fein

UNA de las más relumbrantes personalidades de estos revueltos tiempos es, sin duda alguna, la del gran caudillo irlandés Eamonn de Valera. Periódico tan sesudo como el «London News» le reconoce los atributos del genio, por más que le considera, por sus ideas exaltadas, como un genio extraviado. Y en el «Manchester Guardian» leemos que en cualquiera otro país del mundo que no fuese Irlanda De Valera sería considerado con derecho a las más altas posiciones por sus maravillosas dotes de estadista moderno.

Que qué ha hecho De Valera? Pues ha hecho milagros. De un puñado de irlandeses dispersos y obscuros ha organizado una sociedad revolucionaria que, no en años, sino en días, se convirtió en el partido político dominante en Irlanda. Dió al traste con las atrincheradas jefaturas de los Redmonds, los Dillons, los O'Briens y los Devlins, todos combinados contra él, y ha revolucionado la actitud de los dignatarios de la Iglesia Católica, convirtiéndolos de enemigos en amigos. Resultados de esta clase, como asegura el «Manchester Guardian», no están nunca al alcance de mediocridades, y aun los mismos periódicos ingleses que en un principio hablaban de De Valera como de un intruso que no venía de ninguna parte ni representaba a nadie, ahora se inclinan a conceder que, por muy humillante que ello sea para los políticos de Londres, De Valera ha puesto con ventaja sus talentos en frente de los talentos del gran Lloyd George, por no decir nada de lo insignificante que en comparación con él ha resultado Sir Edward Carson.

Aunque todo lo que se relaciona con la carrera y el nombre mismo de De Valera Lloyd George, por no decir nada de lo insignificante que en comparación con él ha España, casado con una señorita irlandesa

que llegó a ser la madre del héroe de Sinn Fein.

El niño recibió el nombre de Edmundo en la pila bautismal, no Eamonn como ahora se le llama. Aprendió a hablar el inglés en América, cuando ya tenía unos 6 años, pues en su casa no se hablaba más idioma que el español. En Irlanda aprendió a montar como un centauro y a nadar y cazar. Se educó en la escuela pública. Su madre despreció el inglés durante toda su vida, pues siempre fue apasionadamente irlandesa, y el niño demostró una tendencia muy pronunciada desde temprano a jugar con soldaditos de plomo. Su genio matemático, el más asombroso de sus atributos, se manifestó cuando sólo tenía 17 años, revelando en este tiempo gran deseo de llegar a ser un astrónomo. Su manía consistía en aplicar fórmulas matemáticas a todos los problemas concebibles. Cuando se presentó a examen para obtener su primer grado, asombró al tribunal examinador con abstrusas disertaciones sobre el peso de los planetas, donde no fue posible sorprender ningún error. En un período de la historia más sereno, dice un escritor de Londres que le ha tratado bien, De Valera hubiera llegado a ser un Newton, arrebatándole a la mecánica universal nuevos descubrimientos. En una época parece que pensó dedicarse a la carrera militar, para la cual ha demostrado también sobresalientes aptitudes.

Su risa sonora, sus hazañas de atleta, inesperadas en una persona de su aspecto romántico, y la relampagueante rapidez de su ademán, en nada revelan al sobrio y certero calculador y manejador de números que hay en él.

Su valor extraordinario ha sido puesto a prueba en multitud de circunstancias difíciles. Una vez oyó con perfecta calma la lectura de su propia sentencia de muerte, acariciando al mismo tiempo el libro de las confesiones de San Agustín, que llevaba debajo del brazo. Y con la misma impasi-

bilidad recibió luego de sus carceleros la noticia de la suspensión de la sentencia. Esto no significa que sea frío o indiferente, al contrario, es un sensitivo que tiene un gran dominio sobre sí mismo. Su temperamento nervioso se revela al hablar. Se cree que es el más brillante orador conocido en todo el Imperio británico. Todo en él, hasta la sobria gallardía de su figura, tiende a hacerle interesante. En su oratoria hay de todos los géneros de elocuencia: el sarcasmo oportuno e hiriente, la anécdota, el período relumbrante, el arrebatado exaltado del patriota. Jamás declama. Su palabra es espontánea y sencilla, pero salpicada de puntos de fuego. Tiene en la tribuna una actitud que se diría trágica. Unas veces con los brazos sobre el pecho o en la espalda en ademán reposado y otras veces agitándolos nerviosamente en el aire en los momentos decisivos, siempre da la impresión, según los relatos de los reporters de Londres, de que son ellos, los brazos, sus más certeros instrumentos para transmitir emoción al auditorio. A veces su voz es ronca, pero nunca fatiga y tiene momentos de verdadero frenesí oratorio que se dirían incompatibles con un frío y calculador geómetra. Hay ocasiones en que parece difuso y hasta incoherente y extraviado y un minuto después se torna sobrio, mesurado, contenido, mientras narra algún nuevo ejemplo de la estupidez inglesa. Su acusación máxima contra Inglaterra es, según el «London World», el de la estupidez. Hay momentos en que De Valera va tan lejos que asegura que Inglaterra no es en realidad mala, sino sencillamente estúpida. Y a renglón seguido saca a relucir multitud de anécdotas que demuestran el acerto, desde el punto de vista irlandés; y lo más curioso de todo es que pocas personas hay tan populares entre los ingleses de Irlanda que este De Valera que los llama estúpidos constantemente. Y es que en sus alusiones a Inglaterra, aunque sarcástico, nunca llega a ser tan virulento como otros tribunos irlandeses.

“Los ingleses”—dijo en una ocasión— “no son como los Borbones, que nunca aprendían nada y que nunca olvidaban nada. Los ingleses aprenden muchas cosas, pero nunca saben aplicar lo que aprenden. Cuando un alemán aprende algo, procede a aplicar sus conocimientos; pero un inglés deja que lo aprendido se acumule en su cabeza hasta volverse piedra”. Y una de las pruebas, según De Valera, de la incompetencia de los ingleses está en Irlanda misma, “un país muy fácilmente gobernado, habitado por gentes respetuosas de los go-

biernos fuertes e inteligentemente administrados”. Y en Dublin hizo reír mucho a la concurrencia con la predicción de que cuando los ingleses le condenen a muerte “llegarán, en su estupidez, a impartirle, innecesariamente, al acto un carácter sanguinario”.

Pero lo más sorprendente, lo más novelesco en la accidentada vida de este héroe irlandés de sangre española, es su reciente fuga de Lincoln Prison, la cárcel donde estaba sufriendo condena a consecuencia de su participación activa en la revolución irlandesa que todos conocemos por los partes cablegráficos. Esta fuga tuvo lugar el día 3 de Febrero de este año y es un episodio que parece arrancado de las páginas de Alejandro Dumas. De Valera había sido arrestado, cerca de su casa en Greystone, y reducido a prisión con otros doce de sus compañeros. Y a causa de su importancia, el reo era vigilado de la manera más estricta. Ni parientes ni amigos podían visitarle y todas sus cartas eran sometidas a la más severa censura.

Después de las elecciones generales, el primer mitin de los miembros republicanos del Parlamento irlandés se celebró en Enero 7 y otro mitin una semana después. De éstos surgió el nombramiento de un Comité para encargarse de las gestiones conducentes a la libertad de De Valera y sus compañeros. El comité escogió un grupo de hombres para esta empresa cuyo valor a toda prueba respondía de que en caso de disparos no había que temer timideces de su parte. Lo primero era inspeccionar los alrededores de la prisión y descubrir las posibilidades de un golpe de fuerza. La prisión quedaba en una parte desierta del pueblo y en la parte de atrás había un pequeño espacio donde se permitía a los reos hacer ejercicio bajo la custodia de los centinelas. La prisión estaba rodeada de alambradas de púa y era tal el lujo de precauciones que el Comité resolvió que sería insensato tratar de entrar por la fuerza con riesgo de muchas vidas y la casi segura muerte de De Valera.

Lo más urgente entonces era comunicarse con De Valera. Uno de los partidarios buscó trabajo en un jardín de los muchos que había cerca del edificio de la prisión. Una vez allí logró comunicarse con De Valera, cantando coplas en el dialecto irlandés en las cuales el jardinero le advertía a su leader que se estaba tramando su fuga. Varios días después el mismo jardinero, en una balada tiernísima, le hacía saber a De Valera que la parte posterior del edificio

ofrecía mejores condiciones para la intenciona y le pedía que sacase una impresión de la llave de las puertas. Se obtuvo la impresión, y se le lanzó a los pies del cantor envuelta en un papel y amarrada de una piedra.

Mientras esto sucedía, cuatro individuos se habían escapado de otra prisión, lo que dió motivo a que la vigilancia se acrecentara extraordinariamente. Lo que dificultaba más la fuga era el pelotón de centinelas colocados en la parte de atrás del edificio.

Por fin se acordó poner un telegrama a Dublín llamando a dos señoritas muy bellas, ambas de muy esmerada cultura universitaria, las cuales vinieron disfrazadas de dependientes e inmediatamente comenzaron a flirtear con los soldados y en un santiamén se hicieron amigas de los centinelas.

Poco después se le informaba a De Valera en carta ingeniosamente cifrada que se había señalado el día 3 de Febrero para su fuga y se le advertía de las medidas principales adoptadas. La clave para esta carta había sido de antemano, en previsión de un encarcelamiento, convenida con De Valera. Llegó la víspera del 3 de Febrero, y cuatro grandes vagones atestados de irlandeses aparecieron en los alrededores de la prisión, donde comenzaron a maniobrar en forma sospechosa para atraer hacia ellos la atención de la policía. A eso de las 4 de la tarde los reos fueron traídos al patio para hacer su acostumbrado ejercicio y allí permanecieron 3 horas paseando de un lado para otro hasta volver a ser encerrados por la noche. Pero, mientras esto sucedía, las muchachas disfrazadas aparecieron en escena poco después de las 4 y coquetearon con los centinelas tan astutamente que los separaron de una manera considerable de la prisión. Entonces dos de los conspiradores cortaron rápidamente el alambre y se abrieron paso hasta el edificio. Finalmente, no bien dadas las 5, De Valera, con otros dos reos nombrados Mc Garry and Milroy, llegó andando como si paseara hasta el portón de salida. Sus amigos de fuera se deslizaron a gatas y con la llave falsa que tenían preparada lograron abrir, en tanto que los centinelas continuaban embobados en su sabroso coqueteo con las muchachas. Un automóvil que estaba esperando partió como una flecha para Londres con De Valera y sus compañeros, en tanto que la policía daba caza a los irlandeses que atestaban los 4 carros sospechosos de que antes hemos hablado.

Este relato fue hecho a la Prensa Asociada por el prominente irlandés Sean O'Cealligh, encargado de gestionar en

las Conferencias de la Paz el reconocimiento del "Gobierno Provisional de la República de Irlanda".

Sonnino: El estadista más adusto de las Conferencia de la Paz

Aunque el Barón Sydney Sonnino fue en su tiempo director de un periódico y esta profesión del periodismo no induce mucho al silencio, se le considera hoy como uno de los raros ejemplares de hombres reservados que todavía quedan. El Barón domina cinco lenguas—la italiana, la inglesa, la francesa, la española y la alemana—pero no le gusta hablar en ninguna de ellas. Hace poco los periódicos americanos publicaban cables relatando la impresión que le hizo Sonnino al Presidente Wilson. Mientras el italiano exponía las reclamaciones de su país, el americano escuchaba en silencio y al final replicó: "Es muy triste, Barón, que no le podamos dar New York también, pues hay allí muchos italianos".

Sonnino, según el periódico de Londres «Outlook», sólo tiene dos pasiones, a las cuales ha consagrado su vida desde que era muchacho: Italia y los libros. La madre del estadista italiano era inglesa y esto explica el exterior rígido y el continente de fría reserva que le distinguen. Sus autores predilectos son Dante y Petrarca y se ofendería mucho con quien le pusiera a Shakespeare sobre el Dante. Se interesa mucho en cosas como las excavaciones de Pompeya y Creta, en el hombre prehistórico y en las civilizaciones que hubo en el continente americano y la fabulosa Atlántida. Adora la música de Verdi y trata de mantenerse al día en todo lo que se relaciona con el arte musical. Por esto se le ha considerado siempre en Italia como un gran diletanti. Posee en la Toscana una suntuosa quinta llamada "Romito".

Su fama en Roma se basa en sus conocimientos de la ciencia económica. A nadie se oye con más respeto en la Cámara que a él cuando se trata de estas materias. Pero, en general, no es hombre de popularidad. Carece de la afabilidad que siempre distinguió a los políticos italianos y no tolera fácilmente discusiones y contradicciones. Cuando se le toca en lo vivo del orgullo, suele revolverse y disparar las más punzantes frases. Parece que en realidad tiene bien conquistada su reputación como el primer financiero de Europa, pues a él se debe la rebaja del interés sobre la considerable deuda nacional italiana. Cuando se hizo cargo del Tesoro, Italia no tenía facilidades en Londres para contratar empréstitos, pero él em-

pezó a repartir contribuciones a diestro y siniestro, redujo los sueldos oficiales, suprimió empleados y tomó tales terribles medidas que levantó el crédito nacional y se conquistó el odio cordial de todos los políticos. Aún antes de la declaración de guerra por parte de Italia, Sonnino se lamentaba de la tendencia de los italianos a gastar en carbón y carne. Una vez manifestó en la Cámara: "Yo nunca pensaría en tener fuego en mi dormitorio; nuestros inviernos italianos son demasiado bellos para echarlos a perder de esa manera". Otra vez, cuando una comisión siciliana fue a quejarse de la falta de provisiones a consecuencia de la guerra, Sonnino replicó en su manera lacónica que él mismo no había probado carne por una semana.

Sonnino fue dos veces Presidente del Consejo de Ministros y ambas veces el ministerio cayó por su resistencia a toda clase de componendas y transacciones. Su manera de recibir comisiones es muy peculiar. No le deja perder un minuto, pues las interrumpe constantemente con observaciones tales como "no necesita usted seguir adelante", o "terminó usted?" La última vez que presidió un ministerio, un grupo de comisionados salió de su despacho furioso, enseñándole los puños y denunciándole como un monstruo de indiferencia para los sufrimientos del pobre. Pero, en realidad, dice el periódico de Londres ya citado, lo que le pasa a Sonnino es que no sabe de amabilidades agradables, siendo incapaz de ceder, sino sólo en circunstancias extraordinarias. El Príncipe von Bülow, que tuvo muchos altercados con él durante la guerra, declaró en Berlín que Sonnino le hacía la impresión de una concha de ostra. Se le acusa también a Sonnino de que está siempre dispuesto a desdeñar la opinión de todo el que no piensa como él.

Aunque ha sido diplomático de éxito, como lo prueba el hecho de haberse elevado desde simple secretario de Legación hasta el rango de ministro de Relaciones Exteriores, es evidente que carece de las dotes que ordinariamente se consideran como inseparables del diplomático. Sin embargo, entre las gentes de letras de Italia, Sonnino ha sido siempre muy popular. El mismo tuvo la idea de que los escritores italianos son víctimas de su proximidad a París. Según él, los autores franceses de moda, dramaturgos, novelistas y poetas, puestos en voga en Italia por la traducción, influyen demasiado en el gusto de sus paisanos. Para probar este aserto prácticamente, él mismo resolvió establecer un periódico. Y ayudó tanto en este periódico a despertar el entusiasmo de sus paisanos hacia el arte y el pensamiento nativos, que su fama creció hasta traspasar las fron-

teras del país. Más de un autor italiano le debe el haber salido del limbo de la obscuridad. Al mismo Ferrero, fue él quien lo alentó en sus estudios clásicos, influyendo mucho en su ánimo para que escribiera la historia de la antigua Roma. Aunque él mismo no fué nunca un escritor de genio, se reveló como un gran director de periódico por su acierto en apreciar lo bueno de otros autores; y nunca consintió que ningún escritor novel de porvenir sucumbiese por falta de ayuda.

En resumen, bajo el exterior frío de este hombre parece ocultarse un temperamento generoso, no sólo por su solidaridad con los hombres de mérito obscurecidos, sino también por su conducta con los menes'erosos durante la guerra, siendo de notar que, aunque era rico cuando entró al servicio de su país, hoy es, prácticamente, un pobre. Los socialistas italianos, sin embargo, no le profesan a Sonnino un afecto muy marcado pues lo consideran como un tonto, como un tipo de estadista miope, reliquia de la obscura edad del capitalismo.

Radek: El agente y conspirador del bolsheviquismo en el exterior

Si existe hoy en el mundo un hombre del cual pueda afirmarse que supera en color e inverosimilitud a las más extravagantes creaciones del cinematógrafo detectivesco, este hombre es Radek, la mano derecha de Lenin y Trotzky.

Encargado de difundir la idea revolucionaria rusa en los principales países de Europa, Radek ha ido de un lado para otro disfrazado de tantas maneras y burlando tan ingeniosamente la persecución de la policía mejor organizada de Europa, que ni siquiera en el mundo de la ficción novelesca sería fácil encontrar quien le superase en la agilidad, ingenio, excentricidad y atrevimiento de sus varias empresas. Los mismos periodistas franceses se han quejado varias veces de que, a ciencia y paciencia de la policía, Radek se ha paseado por París cuantas veces ha querido con peluca y patillas postizas y con un pasaporte en toda regla, inspeccionado, sin la menor sospecha, por todas las autoridades del ramo. Radek es judío y comenzó a darse a conocer durante la revolución por la fogosidad de sus discursos. El y Lenin se conocieron en Varsovia, siendo Radek todavía un muchacho y desde entonces la amistad entre los dos no ha decaído nunca. Las primeras aficiones de Radek fueron literarias. Empezó a atraer la atención de los in-

lectuales de Varsovia con una serie de críticas brillantes de las obras maestras exhibidas en la gran galería de pintura de Varsovia, deteniéndose especialmente en los cuadros de la escuela flamenca. En estos ensayos críticos exponía a veces opiniones tan radicales, que empezó a perseguírsele y finalmente se le expulsó del país, obligándole a abandonar su carrera universitaria.

Sobelsohn, que éste era su nombre en aquella época, se retiró a la casa paterna en Galicia y desde allí se comunicaba con el grupo revolucionario de Moscow, entonces acaudillado por el joven Ulianoff, ahora Lenin, cuyo hermano Sergio acababa de ser condenado a muerte y ejecutado como conspirador contra el Zar.

Para muchos, la caída de Kerensky fue tramada y llevada a cabo por Radek. Se dice que hay un misterio al rededor de Kerensky y Radek, pero es cosa que la historia no ha puesto en claro aún.

Bajo la protección de Lenin, Radek se estableció antes de la revolución en Moscow y dormía en un sótano cerca de la estación de Saratoff, donde escribía manifiestos revolucionarios en alemán y en polaco que eran en seguida traducidos al ruso y profusamente diseminados entre los obreros de las fábricas. Parece que Radek no domina todavía la lengua rusa, la que habla rápidamente, pero con un acento muy pronunciado. La lengua en que se expresa mejor es la alemana.

Por algún tiempo Radek concurrió a algunas clases en la Universidad de Moscow hasta que la policía se informó de sus hechos en Varsovia y comenzó a perseguirlo. Entonces se refugió en otro sótano y continuó escribiendo folletos de la misma índole con los datos que le iba suministrando Lenin acerca de la situación agrícola. Estos folletos tuvieron un éxito enorme, no solamente entre los obreros de las ciudades grandes, sino también entre los labriegos repartidos en las grandes haciendas rusas. Era la primera vez que una propaganda de esta clase llegaba hasta el corazón mismo de las masas, pues toda la Rusia europea estaba inundada de esta

literatura clandestina. La policía, por supuesto, se dió cuenta muy pronto de que una fuerte propaganda subversiva estaba saliendo de alguna parte, pero el genio de Radek combinó medios tan maravillosos de escondate, de disfraces y de evasiones, que no fue posible destruir la propaganda, y cuando la persecución se hizo demasiado fuerte, el trío compuesto de Lenin, Trotzky y Radek, pudo escapar ileso hacia Suiza. Trotzky, al parecer, les precedió en la fuga, trasladándose desde una cárcel de Siberia a París, donde sus artículos revolucionarios pronto pasieron a la policía en movimiento. Radek llegó sano y salvo a Berne, donde en seguida comenzó a publicar el periódico «Tagwache» con la consiguiente alarma de las autoridades suizas. Fué en este tiempo que Lenin consintió en morir de momento, como único medio de salvarse de la policía. Un judío alemán llamado Apfelbaum hizo las veces de cadáver, en tanto que Radek representó a las mil maravillas el papel de amigo afligido y le pagó con lujo al sepulturero. Todavía hay muchos en Suiza que siguen creyendo que el verdadero Lenin está enterrado en un cementerio de Berne.

Lenin y Radek vivían en Suiza, en un barrio apartado de la ciudad de Berne y en las condiciones más modestas. La habitación de Lenin sólo constaba de un cuartito, amueblado con una cama, una mesa grande y una balangana colocada sobre una caja de jabón. A pesar de esta modestia, se las manejaban de tal modo que mantenían un periódico circulando constantemente en las trincheras rusas y alemanas. La esposa de Radek posee el título de Doctora en Medicina y en 1915 estaba a cargo de un hospital militar en Berlín, pero a causa de la propaganda revolucionaria que no perdía ocasión de hacer entre sus enfermos, fue reducida a prisión por las autoridades alemanas. Permaneció en la cárcel cinco semanas, pero la influencia del conocido leader socialista Herr Haase logró que la pusieran en libertad, desterrándose a Austria, de donde partió para Suiza. Esta mujer es graciosa, elegante y de una gran belleza física.



Notas panameñas

J. D. MOSCOTE

Hombres y obras

Introducción

LA ausencia casi total de vinculaciones materiales y morales entre los países de Hispano-América, dicese que es debida, en gran parte, a invencibles dificultades de comunicación, lo que no obsta, sin embargo, para que ellos conozcan más de

dos de toda fortuna, gentes de mar, obreros de muelles, artesanos de escasa clientela en sus parroquias locales que se trasladan con más o menos facilidad de un país a otro a lo largo de las costas de ambos mares buscando mejores condiciones de trabajo con que poder subvenir a sus elementales necesidades diarias. Muchas veces esta clase de individuos sólo es movida por el mero placer de correr locas aventuras lejos de su casa solariega y de sus amigos. Por el otro lado,

muy respetables, sin duda, pero no tanto como aquellos que consisten en el estudio y observación de lo que ya hemos dicho al principio, es decir, de la historia, de las instituciones, de los hombres etc., de esto, sí, que es primario, esencial e indispensable en lo que hace relación al verdadero conocimiento de un pueblo y de su grado de civilización, ¿cómo no pueden hacer otro tanto aquellos a quienes de derecho corresponde la dirección espiritual de estas nacionalidades? ¿Por qué los hombres de pensamiento, que sí los hay en Sur América, no bajan de la egoística torre de marfil en que de ordinario viven encerrados para observar por sí mismos la realidad social que no debe ser por ningún motivo extraña a sus preocupaciones? ¿Por qué los hombres de letras, los estadistas y los sociólogos no aplican al estudio de los problemas sociales, económicos y políticos el método comparativo, tan fecundo en resultados cuando de la ciencia del gobierno se trata? Después de haber estudiado los grandes maestros del pensamiento europeo y norteamericano y las instituciones de sus respectivos pueblos, no hay alguna utilidad en saber cómo se realizan en nuestro medio sus ideas y qué variantes y matices la experiencia ha hecho necesario introducir en ellos?

No podemos presumir siquiera qué importancia se les dé a estas sugerencias de parte de aquellos a quienes directamente se dirigen, pero sí estamos muy convencidos de que un cambio radical tendrá que operarse en el sistema de nuestras relaciones internacionales si es que queremos conocernos, apreciarnos y hacernos recíproca justicia. Probablemente nada pueda hacerse para evitar que gentes superficiales, sin criterio y sin capacidad ninguna de observación vayan y vengan, como gusten, de uno a otro de nuestros países. Están en su derecho, y además los tiempos que corren no son para aconsejar restricciones de ninguna clase en el uso legítimo de la libertad de cada cual; pero permítasenos que clamemos muy alto por que los aventes de la nueva cruzada que pronto va a ser emprendida, para decirlo es. tamos en nuestro derecho, no sean los señores de la política, ni los mentados «apolonidas», ni los militares, ni elemento alguno que tenga vínculos con el tradicionalismo rancio que bajo diversas formas roe el alma de estos pueblos prematuramente envejecidos, cuando debieran gozar de una vida plena de optimismo de libertad y de energía sana. Nosotros fijamos nuestros ojos en los profesores de idealismo práctico y utilitario, en los hombres de acción. El porvenir de América está en sus manos.

Mientras tanto, desde este pequeño mundo estimulamos con nuestro ejemplo los llamados a hacer cosas mejores. Esta sección, que denominamos «Hombres y obras», será una muestra objetiva de la vitalidad de nuestra República desde el punto de vista de sus hombres, de su amor al progreso y de los problemas sociales en que ahora se halla empeñada.

Dr. Belisario Porras

Damos el puesto de honor de esta sección de nuestro magazine al bosquejo de la personalidad del doctor Belisario Porras, jefe actualmente del Ejecutivo nacional panameño. Esta distinción, si lo es, no responde a propósito disimulado de lisonja—los de CUASIMODO no saben ser lisonjeros—sino al cumplimiento de un simple deber de cortesía que una breve reflexión justifica.

Nuestro presidente es uno de esos hombres singulares que de tiempo en tiempo aparecen en el seno de los pueblos, dijérase que para ser el centro obligado de la atención pública de sus contemporáneos, ya por las simpatías que despiertan ante las persecuciones de que por lo común son víctimas, ya por los odios y reacciones que inspiran cuando, a su vez, actúan de triunfadores. En efecto, sobre él ha pasado el oleaje terrible de venenosas cóleras, y ahogado literalmente en un mar de desgracias ha salido de ellas convertido en un ídolo amado hasta de los mismos que le precipitaron y en su dolor se complacieron. Un hombre así, que debe de conservar fresco el recuerdo de tantas vicisitudes, que posee un talento muy claro, que ha leído y viajado mucho, que conoce a los hombres y es suspicaz, nervioso, apasionado y de temperamento dominador, tiene que haber realizado muchas y bellas acciones a la vez que cometido graves faltas y grandes errores. Un análisis de la total actuación del doctor Porras, una valoración justiciera de su vida pública, sería, a no dudarlo, un tema interesante para cualquiera que lo pudiese abordar con ánimo imparcial y tranquilo, porque en sus hechos tiene que haber, por fuerza, mucha psicología digna de ser estudiada para advertencia y orientación de los jóvenes que ahora comienzan el camino peligroso de la política istmeña.

Desgraciadamente todo estudio y toda enseñanza que de él se desprendiera serían casi inútiles en las condiciones de moralidad en que el país se encuentra. Los que sólo tienen que ver con los intereses transitorios de la política bastarda y son sus be-

neficiarios habituales, han cegado las fuentes que podrían servir de inspiración al investigador honrado, anticipándose con precipitación culpable a emitir juicios apasionados, hiperbólicos y contradictorios acerca del hombre y su obra que no dejan lugar a otra salida que a la de considerarlo como un semidiós o como un hombre cualquiera. La posteridad tendrá, pues, que escudriñar mucho para saber hasta qué punto el doctor Porras fue devoto o dejó de serlo de la virtud de la concuencia, vacilará no poco antes de decir cómo entendió la democracia, cómo amó la república o cuál fue la virtud cardinal de su agitada vida, la que le dió mayor relieve a su personalidad, la que le imprimió carácter, digamos así, y le conquistó un puesto en las páginas de la historia.

Ahora bien, si todo lo anterior es verdad, ¿qué puede hacer la voluntad mejor dispuesta a la imparcialidad para aislar y definir los actos y las características psíquicas del hombre que desde hace algún tiempo tiene fijada su mansión en el capitolio nacional? La tarea es ardua y seguramente superior a nuestras fuerzas y hasta tememos estar ya contagiados del apasionamiento insano que flota por doquiera en el ambiente social que nos rodea. Nos resistimos, pues, a abordar estas cuestiones que trascienden de la intención con que hemos comenzado este pretendido esbozo.

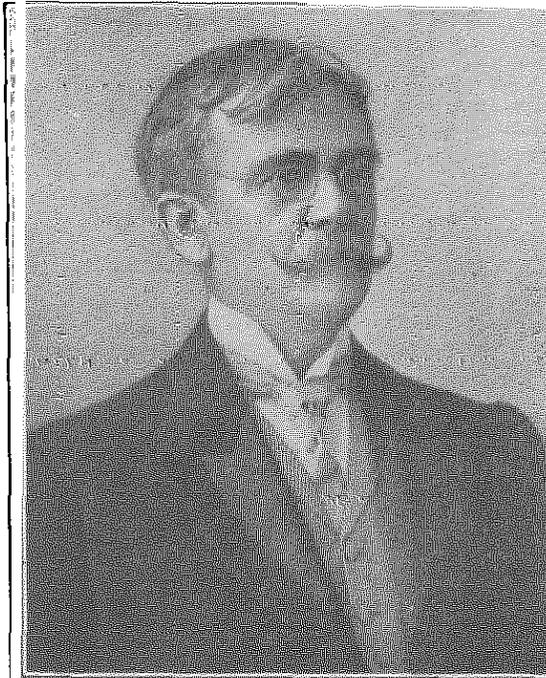
Pero ¿es que todo esto quiere decir que vamos a quedar en que la personalidad del doctor Porras, en fuerza de ser tan discutida, traída y llevada es una personalidad indefinible? De ninguna manera. El hombre que por tal hombre ha podido faltar y errar, cuya actuación política, que dura todavía, está, por lo mismo, sujeta a contrarias interpretaciones, bien puede haber dado ya muestras inequívocas de un positivo valer en la apreciación del cual no sea posible la disparidad de opiniones. Así,

cualquiera que sea el juicio que la posteridad emita acerca de la obra política y social de nuestro actual presidente, habrá de decir de él que fue, como efectivamente lo es, un espíritu progresista y enérgico con energía indomable; que sus hechos de gobernanza lo acreditaron, como en realidad lo acreditan, de poseer clara comprensión de los problemas vitales de que pende la suerte del país; que poseyó, como es evidente que las posee, grandes ambiciones—legítimas—de dejar su nombre vinculado a útiles reformas administrativas necesarias para el progreso económico de la nación, dirá, en fin, la historia lo en que ahora pare-

cen estar ya de acuerdo sus contemporáneos, a saber, que fue uno de los más distinguidos istmeños de los últimos cincuenta años.

A nosotros no nos place bosquejar la vida de un hombre de verdadera significación a la manera usual que consiste en comenzar por hacer resaltar la humildad, muchas veces apócrifa, de la cuna que nació sus primeros días; en narrar, luego, con prolijidad de detalles, los accidentes y circunstancias de los días de colegio — días blancos, si los hay — en que las acciones humanas carecen de intención y de color, y al fin agregar que, por

sus propios esfuerzos — la frase es engañosa — llegó a conquistar determinadas alturas oficiales. Estas vidas comunes, adocenadas, a base de empleos públicos, mandados casi siempre, carecen de interés. Tras ella se amparan, como es natural, pobres valores morales que necesitan el ropel de las posiciones para brillar siquiera sea efímeramente. . . He aquí por qué hemos preferido nuestra manera que es la de hacer a un lado todo convencionalismo y conceder en lo posible mayor importancia a las características psíquicas, a hechos evidentes, que no den la ilusión de que nos la habemos con seres sobrenaturales, sino con



DR. BELISARIO PORRAS

Primer Designado encargado de la Presidencia de la República

simples seres humanos de carne y hueso capaces de caerse, levantarse y redimirse.

Con este procedimiento el doctor Belisario Porras, Presidente de la República de Panamá, que aquí hemos tratado de bosquejar, no resultará a nuestros propios ojos como un sér fantástico o ideal; y a los de los extraños a quienes CUASIMODO lleve el mensaje de estas líneas les parecerá lo que en verdad es este ilustrado compatriota: un hombre de méritos positivos que honra el sitio que ocupa y es digno de figurar en la galería de los presidentes americanos.

Para el fin que hemos tenido en miras bastan los párrafos que preceden. De insistir en otros rasgos característicos de nuestro presidente señalaríamos de manera especial su exquisito don de gentes, su charla amena, insinuante, pintoresca y siempre animada con que sabe ganarse a todos los que se le acercan; diríamos algo de su genio jovial, de su refinada sensibilidad, de sus grandes cóleras y de sus grandes complacencias con tanto espíritu medioerco e incoloro como sube y baja a diario las pacientes gradas del capitolio; pero tendríamos también que erigirnos en maestros consumados de psicología individual práctica para determinar con exactitud cuáles de estas condiciones suyas de corte intelectual y afectivo, son el producto natural y espontáneo de su psiquis y cuáles de una autoeducación, constante, esmerada y sistemática. Nosotros, que no somos maestros de psicología, ni de nada, sino pobres observadores de las cosas de más bulfo que giran a nuestro alrededor, juramos que fracasaríamos si nos diéramos a tales empeños. Es una lástima, porque a la mitad, por lo menos de estas cualidades, aparentemente exteriores e insignificantes, debe el doctor Porras los mejores triunfos de su larga carrera de hombre público.

Dr. Eusebio A. Morales

Advertimos ahora que el encargo que se nos ha confiado de llenar estas páginas de CUASIMODO es una empresa demasiado peligrosa. Tenemos que hablar de hombres y cosas, de hechos e instituciones, los cuales o nos quedan muy lejos o nos rozan muy de cerca. De tal o cual personaje de los que por aquí desfilarán hemos recibido ciertos favores personales o nos han hecho la justicia que en ocasiones hemos merecido («justicia» y «favor» suelen ser para muchos dos conceptos de idéntica significación y quien alguna vez fue tratado justamente no tiene

derecho, piensan, a portarse de otra manera que como un eterno favorecido). Tal o cual otro parece como que quiso probarnos con su conducta que el que transita habitualmente por el camino recto del bien no tiene derecho a gozar de consideraciones y respeto sino a resignarse pacientemente a la triste amargura de las desilusiones. Y como si todo esto no fuera ya bastante para limitar en cierto modo el libre manifestarse de nuestras ideas, viene a empeorar nuestro estado la variedad de caracteres y gustos de los lectores con quienes habremos de ponernos en contacto. Aquí en casa se nos exigirá que puesto que esta sección, especialmente consagrada a Panamá, será algo así como una exposición permanente de valores materiales y morales, en ella debe figurar lo mejor que tengamos (queda entendida la relatividad del concepto «mejor», y es obvio que por mucha que sea nuestra equanimidad ella no alcanza para dejar a todos satisfechos.) Los de fuera creerán, tal vez, que les vamos a exagerar esos valores y en consecuencia se permitirán dudar de nuestra lealtad para con ellos. Póngasele a todo esto la sal que no podía faltarle las quisquillosidades nacionalistas, las rencillas nacidas de la politiquería, las antipatías gratuitas, las vanidades de los grandes y las de los chicos que quieren serlo y ya podrá cualquiera, por pesado que sea de imaginación, calcular cuán infelices nos sentimos y sólo por habernos metido a ayudar a este iluso de CUASIMODO a repicar su campana.

Con todo, nos hacemos el ánimo que nos falta y seguimos adelante.

El doctor Eusebio A. Morales, que colabora en este número con su magnífico trabajo sobre las doctrinas bolchevistas puestas en práctica en la flamante república rusa, es un caballero cuyas cualidades intelectuales serían el orgullo de cualquiera de los países suramericanos; lo que no permite, sin embargo, que digamos de él que es un polígrafo eminente como hay algunos, a quienes el vulgo ignaro adjudica con demasiada facilidad el grave nombre de sabios, pues no nos consta que en dominio ninguno del saber, ni aun en el de las ciencias políticas, que es una de las disciplinas de su predilección, haya pretendido aportar un solo concepto nuevo por el que la humanidad deba estarle agradecida. El doctor Morales no sólo no ha contribuído en forma alguna al progreso de la ciencia, sino que tampoco ha publicado nada hasta ahora, y lleva vividos más de cincuenta años, que pueda considerarse como trabajo de valor definitivo.

En ridículo quedaría, pues, si imitando a ciertos vanidosos escritores de menor cuantía le diese por hablar de sus «obras» o de sus «libros», expresiones un sí es no es jactanciosas con que no pocos quieren engañarse y engañar a los demás.

¿Qué ha hecho entonces el doctor Morales para merecer el elogioso juicio con que ya le hemos regalado?

Honradamente confesamos que nos sentimos presa de cierto temor al tratar de absolver esta inquisición que nos hemos propuesto, porque es, en verdad, cosa muy enojosa la de ponderarle a gentes de bien, no acostumbradas al engaño, que esperan de nosotros sinceridad y buena fe en la emisión de nuestros pensamientos, la intelectualidad de una persona confesándole, a la vez, que no existen las pruebas que serían elementales en favor de sus supuestos méritos. Nuestro temor aumenta todavía, a pesar de ser ya grande, cuando, como es el caso presente, no podemos disimular más y nos vemos obligados a exteriorizar la única razón que podemos dar en apoyo de nuestra opinión: En donde el doctor Morales ha conquistado las ejecutorias en virtud de las cuales el consenso de los hombres inteligentes le es favorable para declararlo un intelectual verdaderamente distinguido es en el campo de la política práctica. Es verdad, desde luego, que nadie osará negar, que este compatriota, que ha sido un político militante y, por lo mismo, puede ser tachado de poseer todos los defectos propios de la especie, tiene también a su favor la circunstancia de ser un político en cierto modo idealista, en el sentido de que ha sabido ilustrar los numerosos puestos públicos que ha ejercido considerándolos no como simples medios de ganarse más o menos cómodamente la vida sino como ocasiones de trabajar por el mejoramiento de las condiciones materiales y morales de la comunidad ismeña.

Así se explica que la labor que un hombre de sus condiciones de inteligencia, estudioso y de gran facultad asimilativa, ha debido realizar en el libro la haya realizado el estadista en los ministerios, el legislador en los congresos y el escritor público en la prensa diaria. Quienquiera que haya seguido de cerca las diversas manifestaciones de la vida política, administrativa y cultural del país, desde su separación de Colombia, sabe que es absolutamente cierto que casi no hay rama de la administración pública que no se haya beneficiado en alguna manera de las actividades inteligentes del doctor Morales,

que no hay ni ha habido problema de real importancia para el bienestar de la nación a que él no haya llevado su contingente de luces y de experiencia, ora con un manifiesto elocuente, ora con un informe sesudo y conciso en sus términos, ya, en fin, con proyectos de leyes bien meditados en materia política, económica y de instrucción pública que siempre han respondido a premiosas necesidades del progreso nacional. Su labor periodística, especialmente, es más considerable de lo que generalmente se piensa. Así, no hay tampoco asunto de los que pueden y deben ser ventilados públicamente en una democracia que él no haya estudiado con criterio penetrante y expuesto en las formas rígidas de una expresión literaria casi perfecta. Su fama de ser el primer editorialista que tiene el país no es de ninguna manera exagerada. El doctor Morales, realmente, no ha publicado ningún libro, no tiene «obras»; pero el día que él mismo o alguien se tome el trabajo de coleccionar los materiales dispersos de su labor, que por ahí andan, resultará que ha escrito páginas que no caben en las dimensiones de un verdadero libro.

A pesar de estos simpáticos antecedentes, el doctor Morales, que en filosofía parece ser discípulo de Bacon, de Emerson y amigo de todos los grandes individualistas, no sabemos si de Nietzsche también, es seco con las multitudes por las cuales, si no estamos equivocados, no siente un gran cariño. No creemos que tal actitud suya sea fruto de sus estudios y de sus reflexiones. El mejor medio de comprender la psicología de las masas y de poder ayudarlas en su educación y en su perfeccionamiento no es el de alejarse de ellas, sino, por el contrario, el de acercárseles para sorprender en su trato frecuente cuáles son sus vicios y virtudes y estar en capacidad de determinar con acierto las normas directivas a que debe someterse el funcionamiento del Estado en sus relaciones con los elementos más pobres y desvalidos de la sociedad humana. Preferimos pensar que esa actitud fría del doctor Morales hacia las masas es un producto de su temperamento y de su carácter y de ningún modo de sus ideas. Si así no fuera nos hallaríamos en presencia de un intelectual extraño, su liberalismo sería un liberalismo indescifrable y el hombre que ha dedicado gran parte de su vida a actividades de alcance social nos resultaría a la postre un ser profundamente ensimismado y egoísta. En uno u otro caso, nos explicamos perfectamente la actitud que, a su vez, las masas observan con él.

Sres. J. B. Duncan y Octavio Méndez P.

Nos producimos con toda franqueza, a pesar de nuestra confianza ilimitada en los destinos de la juventud y de la inagotable reserva de optimismo de que nos hallamos provistos para juzgar de las cosas en que la inteligencia y la voluntad de los hombres intervienen como factores importantes, momentos hay en que la duda quiere apoderarse de nuestro entendimiento y en que tal parece como que la fe se alejara de nosotros. Así sucede cuando pensamos en lo que pueda ser la obra futura de la pléyade de jóvenes que generosamente auxiliados por la nación tomaron durante largos años en las más puras fuentes de la sabiduría las aguas lustrales de una preparación literaria y científica exquisita.

inquietudes. Las condiciones generales que prevalecen en todos los respectos sociales y morales en el país son tan poco consoladoras, que se nos hace cuesta arriba pensar que con ellas sea posible a la juventud que comienza a tomar su parte de responsabilidad en la conducción de los negocios públicos salir airosa en el cumplimiento de su patriótico cometido. Otras serían las perspectivas, si en vez de un ambiente hostil a todo noble idealismo reinara por doquiera la inspiración que es el buen ejemplo de aquellos que más obligados están a darlo en todos los momentos de su existencia ciudadana, si en vez del engaño y del descoco, moneda muy corriente en las relaciones cotidianas, prevaleciese siempre el respeto a la palabra empeñada, la moderación y la justicia en las rela-

nosotros en este número de CUASIMODO y esta es la razón por la cual los hacemos objeto de esta nota en cierto modo crítica. Sus trabajos «Los grandes problemas de la educación moderna» y «Evolución cívica e intelectual de Chile», que se leerán en otro lugar, corresponden, en términos generales, a sus conocidas capacidades.

¿Qué podemos decir de estos jóvenes hallándonos en tan particular situación con respecto a cada uno de ellos?

¿Tendremos toda la independencia de espíritu necesaria para juzgar la obra que han llevado o estén llevando a cabo, y para referirnos, por ejemplo, al señor Duncan de quien tantas pruebas de amistad sincera hemos recibido, que fue crítico generoso de nuestra modestísima colección de artículos titulada «Páginas idealistas» y que, por añadidura, es nuestro superior jerárquico en el ramo de Instrucción Pública? Puede ser que sí y puede ser que no la tengamos. En todo caso para estar en el menor riesgo posible de caer en imparcialidad seremos muy breves.

El señor Duncan, como hombre de letras, es un verdadero «schollar», un cultivador fervoroso de las literaturas clásicas, las cuales conoce con profundidad y ama apasionadamente. Las características de su personalidad literaria, ya bien definidas, son el producto natural y lógico de su larga y esmerada preparación universitaria en la Sorbona bajo sabios maestros que le transmitieron su ciencia y sus métodos. La impresión que inmediatamente da cualquier trabajo suyo es la de que nos encontramos en presencia de un literato de corte académico cuyas trojes intelectuales están repletas de erudición y de menudas cosas interesantes para el pensamiento general que desarrolla. Esto se nota

especialmente en sus estudios de crítica literaria publicados en «La Revista Nueva», estudios todos tan objetivos, tan escrupulosamente circunstanciados que siempre hemos pensado que la pesada impedimenta de las citas y de las acotaciones que llevan no pueden menos que hacer daño a la espontaneidad del autor, restándole calor y vida a sus estudios. Sin embargo, esto no es un defecto, es, sencillamente, una manera, un método; si se quiere reacción extrema en con-



SR. OCTAVIO MENDEZ PEREIRA
Director del Instituto Nacional

tra del subjetivismo de la época romántica que hacía las delicias de los críticos de entonces.

Las letras, en fin, a que el señor Duncan se da con toda su alma no tienen nada que ver con la jerga insustancial en que tan fraternalmente se entiende toda esa casta de desocupados que habitan el barrio bajo de la literatura contemporánea. El título de licenciado de la Universidad de París, que nuestro amigo posee como prueba de sus es-

tudios, pero que no ostenta, dice acaso más de lo que pudiéramos decir nosotros acerca de la precisa orientación de sus estudios y sugiere algo de lo que acaso sea de esperar de un joven que propiamente no se ha dado todavía a la especialidad que ha cultivado.

Llegado al país hace seis años la mayor parte de su actividad la ha empleado en los azarosos menesteres de la política, a la que debe el alto puesto que actualmente ocupa en la administración del doctor Porras y a la que deberá, ojalá no sea así, un seguro rebajamiento de su personalidad moral, si no se anda prevenido en contra de los cantos de esa pérfida sirena.

Del señor Méndez Pereira muy poco es lo que ya nos queda por decir. Desde su llegada de Santiago de Chile expresamos en una nota crítica sobre «El cultivo de la individualidad en la enseñanza», conferencia leída en el aula máxima del Instituto Nacional, el juicio que nos merecía su personalidad que entonces se esbozaba. Creemos que en esa ocasión fuimos justos con él. Un poco más tarde, y a propósito de su trabajo sobre el «Desarrollo de la Instrucción Pública en Panamá», que nos impresionó gratamente, expresamos nuevos conceptos favorables a su personalidad que afortunadamente para mi pobre criterio, el mismo señor Méndez Pereira se ha encargado de confirmar muy pronto con su libro premiado acerca de la vida del doctor Justo Arosemena, que cuando estas líneas escribimos está en vía de publicación. Dijimos "que era un joven que había salido del período de las inciertas esperanzas y que era un escritor formado ya con plena conciencia y dominio de sus poderes intelectuales" y agregamos estas palabras:

"Conocedor de la lengua y enamorado de ella, la cultiva con religioso celo, respetándola en sus cánones fundamentales, pero sin llegar hasta el exceso de considerar tal maravilloso medio de expresión como un organismo perfecto que ha de estar sometido por siempre a la tiranía de fórmulas intangibles. De aquí que lo que podría llamarse su estilo, que no es clásico, en cuanto este calificativo puede ser adecuado para expresar ese apego sistemático al modo de las literaturas fenecidas, lo es, y muy mucho, en cuanto quiere decir que el escritor a quien se aplica, posee propiamente determinadas y salientes cualidades que pueden ser ofrecidas en concepto de modelo a los que no se ruborizan de ser admiradores de una belleza verbal prudentemente concebida."

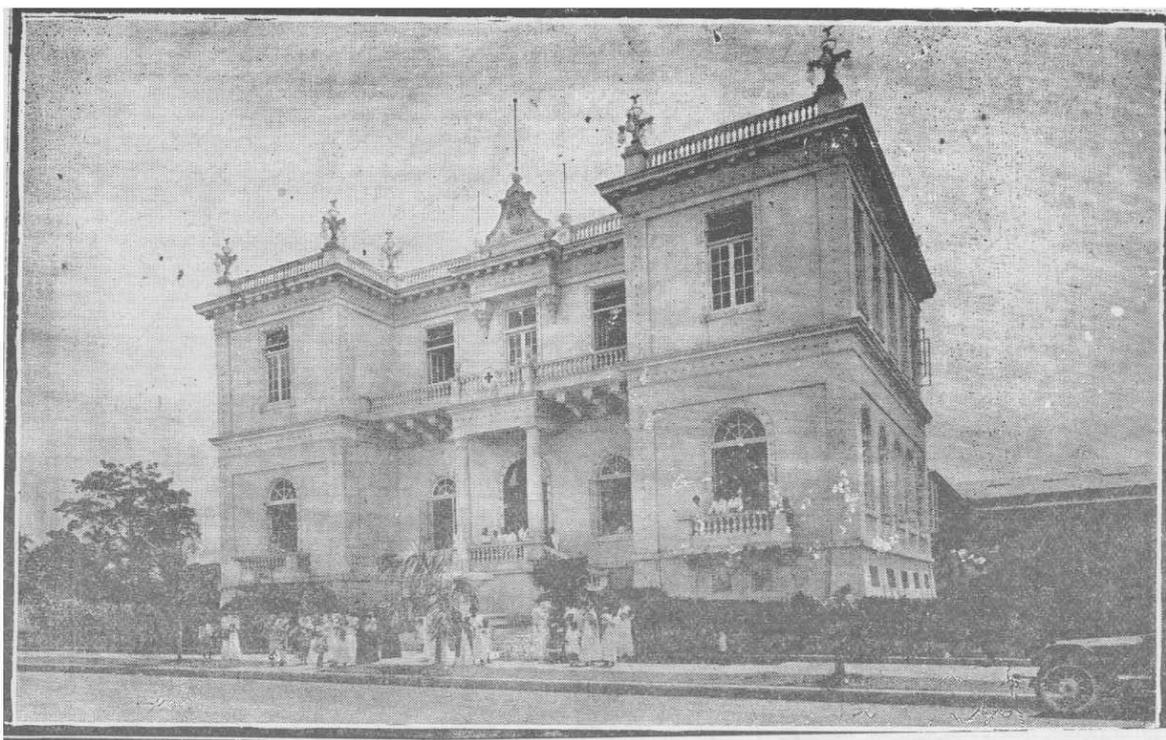
Hoy el señor Méndez ha entrado en una nueva etapa de su vida. Al literato de acentuada frase, de gallardo decir, al profesor de Castellano distinguido que supo aprovechar la oportunidad que el Gobierno le dió de transmitir sus conocimientos a los alumnos del Instituto Nacional, al conferencista que ha explorado siempre con acierto diversos asuntos literarios y científicos en la tribuna de dicho plantel, el Gobierno ha tenido a bien, en reconocimiento de estas cualidades, discernirle el honroso cargo de Rector de nuestro primer centro de educación, en donde es seguro que cosechará nuevos laureles. La oportunidad es magnífica, y le sobran medios licitos que esgrimir en el nuevo campo de lucha para dar mayor realce a su personalidad.

Una entrevista con el Dr. W. T. Burres

Sabiendo que el Dr. W. T. Burres, Director del Departamento de Uncinarios en Panamá, se disponía a partir para Guatemala a hacerse cargo de empleo semejante al que aquí dejaba, creímos conveniente hacerle una visita de despedida para interrogarlo acerca de las condiciones sanitarias en que dejaba al Istmo.

El Dr. Burres es un hombre doblemente interesante como figura científica y como tipo dinámico de la estirpe sajona. Hombre joven, frisa en los treinta y ocho años, mezcla de sabio y de andarín, se ha recorrido de un extremo a otro ambas Américas, se ha internado en las selvas vírgenes del Amazonas, alimentándose con carne de monos como los indios, ha cruzado varias veces la Cordillera de los Andes y viajado por mar y tierra, en conjunto la friolera de 400.000 millas. Graduado en varias universidades de su país y también en las del Salvador y Guatemala, se ha especializado, luego, en el estudio de las enfermedades tropicales y vivido por muchos años en Hispano América desde México hasta Chile. Antes de ser llamado por la Fundación Rockefeller pertenecía al profesorado universitario de los Estados Unidos. El Dr. Burres es un hombre jovial sumamente optimista como la generalidad de los norteamericanos, que sabe de todo un poco. Lo mismo escribe artículos arqueológicos sobre las ruinas de los Incas, o sobre materias científicas de su ramo, como se gana el campeonato de ligereza en el tiro al blanco con revólver o se dedica a explorar ríos desconocidos en las selvas brasileras.

Este es el hombre que ha vivido tres años en Panamá, casi ignorado de las clases cultas, pero muy popular entre los niños y los



EDIFICIO DE LA CRUZ ROJA NACIONAL

El Gobierno ha concedido a esta institución el uso de una de las más bellas construcciones que se hicieron cerca de la capital en la Exposición Nacional de 1915 para celebrar la terminación de los trabajos del Canal.

desmantelados puebluchos del interior, donde realizó sus trabajos sanitarios para librar al país de los terribles efectos de la uncinariasis.

He aquí ahora, lo que el Dr. Burres nos dijo del resultado de sus trabajos:

—Llegué al Istmo de Panamá en el año 1915, para encargarme del Departamento de Uncinariasis, enviado por la Junta Internacional de Sanidad de la Fundación Rockefeller.

Esta Institución es puramente filantrópica y no tiene nada que ver con la política de ningún país; es la fundación más grande y rica de tal naturaleza, como que posee un capital de unos 130.000.000 de dólares. Está trabajando en casi todo el mundo para combatir especialmente las enfermedades tropicales, y para mejorar las condiciones sanitarias y por consiguiente, económicas de los países en donde trabaja. Panamá es uno de los países donde hemos llevado a cabo estos trabajos en regular escala, principalmente combatiendo la enfermedad conocida con el nombre de uncinariasis, y llevando a cabo al mismo tiempo, por medio de conferencias y "literatura", una campaña de instrucción sobre la higiene personal y la sanidad pública.

—En el interior de Panamá—nos dijo—están infectados con la uncinaria casi el 80 por ciento de los habitantes. Verdad es que la mayoría de ellos son infecciones ligeras, pero hay miles de casos en que se presentan síntomas graves. Esta enfermedad, lenta en su desarrollo, no asusta a los habitantes ni llama la atención como la epidemia de viruela, fiebre amarilla u otra enfermedad espectacular; sin embargo, sus efectos son mucho más profundos, porque debilita la raza, destruye las fuerzas para trabajar y la ambición personal para prosperar; así que atenderla es de suma importancia económica, como se comprenderá, para el país. El grado de anemia que existe entre esta gente es del 65 por ciento, es decir, ese es el porcentaje de hemoglobina en lugar del 80 por ciento o más, que suele ser el normal en las regiones tropicales. Estos datos los hemos basado en unos estudios científicos, exactos, examinando en esta República casi 90.000 personas y clasificando todos estos casos según la edad, raza y sexo. Además del examen y tratamiento de este gran número de personas, hemos repartido miles de circulares sobre esta enfermedad y la sanidad en general. También hemos dictado miles de conferencias entre públicas, escolares y particulares; al mismo tiempo hemos hecho con ayuda del Gobierno de Panamá, un buen número de excusados para el público y para las escuelas del

interior, donde antes carecían por completo de esa comodidad; así hemos demostrado al Gobierno la importancia de esta enfermedad y su modo de curarla; hemos instruido varios jóvenes en los métodos de este trabajo, y resta ahora al mismo Gobierno, interesarse suficientemente para continuar hasta su conclusión lógica, esta campaña. Nuestra misión es más bien hacer estos trabajos preliminares y científicos para ayudar a los gobiernos locales, con el objeto de que cuando esté bien instalado el trabajo, podamos retirarnos dejándolo en manos del mismo Gobierno.

Como esta enfermedad es propagada por la contaminación del suelo, y su eliminación es tan fácil, parece deber del público y especialmente del Gobierno exigir el cumplimiento de reglas científicas, tan sencillas, para acabar con la enfermedad.

—¿Y cómo podría usted ilustrarnos sobre los resultados eficientes de los trabajos realizados hasta la fecha en Panamá?

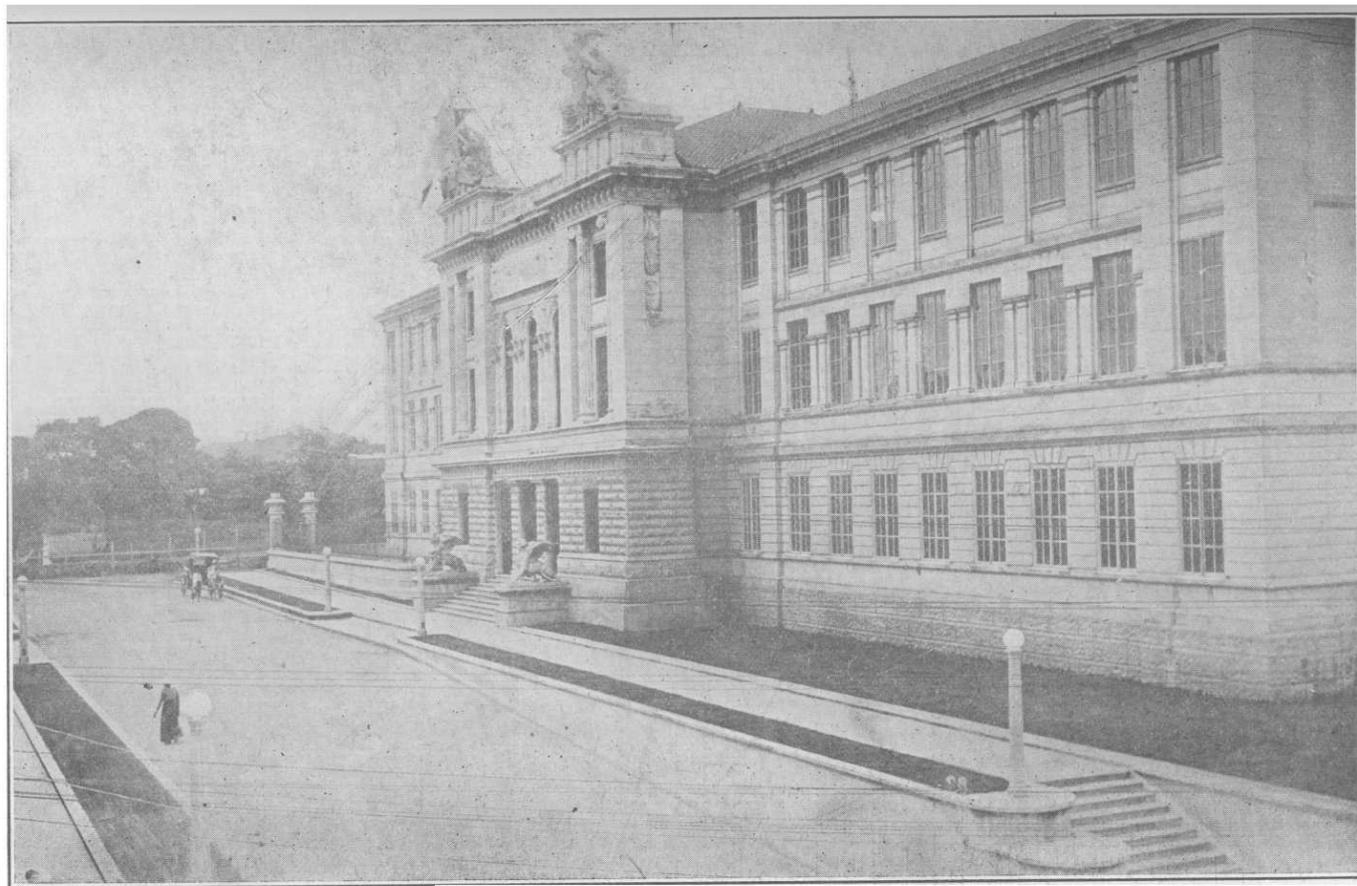
—De una manera muy sencilla: una ilustración notable de los resultados de la Sanidad en una región del Istmo, es la Zona del Canal, en que geográficamente incluyen las ciudades de Colón y Panamá; en estos dos pueblos panameños, que entre los dos tienen como 100,000 habitantes, ya casi no existe la uncinariasis; eso es porque con la instalación de excusados en todas las casas, evitando así la contaminación del suelo, no puede continuar la enfermedad.

Casi todos los pacientes que vienen a la Oficina Central en Panamá y que se hallan infectados, son pacientes que vienen del interior o alumnos que van a pasar las vacaciones y allí han contraído la enfermedad.

—¿Fuera de la uncinariasis, no hay otras enfermedades esparcidas en este país?

—Las otras enfermedades principales del interior son las enfermedades normales del país, si se puede usar esta expresión, por que los puertos de entrada en la Zona y en Bocas del Toro, son los únicos donde llegan pasajeros de otros países, y estos puertos están bien vigilados por la cuarentena, así es que ya no existe la fiebre amarilla en el interior del país, ni se ha radicado la peste bubónica como en la costa de Sur-América.

La tuberculosis, en cambio, ha aumentado, poco a poco, principalmente en las poblaciones grandes; probablemente es el resultado de la gran aglomeración de gente pobre en cuartos reducidos y mal ventilados. Además se puede decir que entre la gente pobre, la mala alimentación contribuye al desarrollo de la tuberculosis. Se puede advertir que los casos de tuberculosis bien desarrollada, son con muy rara excep-



INSTITUTO NACIONAL DE PANAMA

Primer establecimiento de educación que posee la República.
Enseñanza normal, secundaria y profesional.
Ocupa 10,000 metros cuadrados de superficie, en las faldas del cerro Ancón, casi en las afueras de la ciudad de Panamá. Nuestro